DEMOCRACIA: ¿PLURAL O SINGULAR?

Alberto Flores Galindo

Durante la terrible década de 1930, un exmilitante de la Internacional Comunista que había seguido desde dentro la conformación de un Estado autoritario en la Unión Soviética, se preguntó sobre las posibilidades de la democracia en los países atrasados.

Para responder a esta pregunta, Karl Wittfogel emprendió una vasta investigación cuyos escenarios fueron los valles del Nilo y Eufrates, China y las altitudes andinas. Sus antecedentes marxistas lo condujeron a pensar que la democracia no era sólo problema de opción, voluntad o deseo; existía una conexión, no siempre evidente, entre las formas de organización política y las estructuras socio-económicas. Al creer encontrar esta conexión desembocó en una tesis tan resignada como desalentadora. La democracia sería un producto del desarrollo histórico de Occidente, absolutamente contrapuesto al camino seguido por los pueblos del norte de Africa, el Oriente o Latinoamérica. En esos territorios surgieron formaciones estatales aplastantemente autoritarias, que se derivaron a su vez de los sistemas productivos a los que debieron recurrir para doblegar la escasez de tierras y maximizar el empleo de las aguas. Los egipcios, los chinos y los incas tuvieron que desarrollar, en otras palabras, complejos sistemas de irrigación hasta el punto que Wittfogel, para denominar a esas sociedades, pensó en dos términos equivalentes: despotismo oriental o sociedades hidráulicas. Sin una fuerte centralización, sin complejas organizaciones burocráticas, sin la total opresión de los campesinos, ellas no hubieran podido emerger. Esta herencia del pasado gravita sobre el presente. En el siglo XX, Wittfogel veía una reedición del despotismo oriental en Rusia. Una tesis similar fue esgrimida recientemente por Rudolph Bahro: el autoritarismo como el costo de la acumulación en las sociedades atrasadas.

Estas consideraciones resultan pertinentes al momento de plantearnos la cuestión de la democracia en el Perú. Para muchos el problema consiste en una fácil aleación entre lo mejor del socialismo con las más óptimas realizaciones de la tradición liberal. Pero así como el socialismo debe ser repensado, la democracia tampoco puede ser un calco. Todo pensamiento marxista es un pensamiento situado. Esto significa preguntarse además por las posibilidades de la democracia en una sociedad como la peruana. ¿Qué experiencias históricas existen? ¿Hay tradiciones democráticas? Es de presumir una respuesta negativa si la reflexión se confina a la utilización de las instituciones clásicas del mundo liberal. El parlamentarismo tiene una historia poco gloriosa en el país. Las elecciones han sido un ejercicio excluyente, interrumpido por el militarismo desde los inicios de la República, después de la Guerra del Pacífico y durante los períodos de crisis económica (1930) o social (1968).

Esta accidentada historia de la democracia parlamentaria en el Perú ¿es consecuencia de ciertas determinaciones estructurales, o es un hecho reversible? Por caminos distintos a los de Wittfogel, el problema de los condicionamientos históricos de la democracia ha sido planteado en un libro magistral de Barrington Moore. Este sociólogo, provisto de una gran cultura histórica, no piensa que las estructuras agrarias de un país determinen por anticipado cuál será su desenvolvimiento futuro; sortea así ese pesimismo esencial de Wittfogel. Pero aunque esos "puntos de arranque" no sean decisivos, piensa que "unos pueden ser más favorables que otros a los desenvolvimientos democráticos". No seguiré aquí el prolongado razonamiento que expone en **Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia**. Apenas quisiera añadir que, por un camino diferente, arriba a una conclusión similar a la de Wittfogel: "Sólo en ella (la Europa occidental) se dio aquel delicado equilibrio entre excesivo y escaso poder real que comunicó un fuerte ímpetu a la democracia parlamentaria".

Mariel Vidal

"Todos hemos reprochado a los indigenistas su 'idealización' del mundo campesino".

Democracia y parlamentarismo como sinónimos; ¿pero esto tiene que ser inevitablemente así? La historia de la democracia es anterior a la historia de Occidente. El lugar común remite a Grecia y en particular a Atenas. Remontarse a los orígenes es a veces útil. El viaje permite descubrir la nitidez de los conceptos. Hace algunos años, comparando a esa vieja democracia ateniense con la democracia del mundo capitalista, Moses Finley recordaba la definición elemental que Aristóteles propuso en la **Política**: "...la diferencia real entre democracia y oligarquía es pobreza y riqueza. Siempre que los hombres gobiernen en virtud de su riqueza, sean muchos o pocos, estaremos ante una oligarquía; y cuando los pobres gobiernen, estaremos ante una democracia". El senador Trelles, que añora los años de la llamada República Aristocrática, por ejemplo, discrepa con Aristóteles: piensa que oligarquía y democracia son sinónimos. De acuerdo con la definición citada, el Perú actual sería una democracia cuando menos dudosa. Ese gobierno de los pobres sólo se podía conseguir con una participación cotidiana de todos los ciudadanos en los asuntos públicos, educándose mutuamente en la discusión y la deliberación, excluyendo cualquier noción de monopolio del poder. Podríamos, por este camino, contraponer a la democracia de participación directa con la llamada democracia representativa. La primera mostró ser un sistema eficaz en Atenas, pero el ejemplo no es muy alentador para el mundo contemporáneo, no sólo por la exclusión de los esclavos, sino además porque su reducida población ocupaba apenas un territorio de mil millas cuadradas.

La historia, una vez más, no sirve tanto para dar lecciones o indicar senderos, cuanto para relativizar al presente. Volvemos a una pregunta anterior sobre el sustento posible de la democracia en el Perú. La voluntad no ha faltado. Una de las mejores definiciones de una sociedad democrática fue formulada precisamente en el Perú, cuando se iniciaba la República, por un intelectual provinciano: Sánchez Carrión. Planteó al joven país la necesidad que el Estado y los ciudadanos conformaran una unidad. "Yo quisiera que el gobierno del Perú fuese una misma cosa que la sociedad peruana, así como un vaso esférico es lo mismo que un vaso con figura esférica". Sin embargo la historia posterior verá acentuarse la separación entre Estado y ciudadanos, en lo que Jorge Basadre llamó el "abismo social". ¿Fue un soñador, en el peor sentido de la palabra, Sánchez Carrión? ¿Qué sustento material ha podido (puede) tener la democracia en el Perú?

Aunque los indigenistas no se plantearon estas cuestiones, ellos hubieran tenido una respuesta clara o por lo menos habrían sabido dónde buscarla: en los medios rurales, en las comunidades campesinas, en los mecanismos para tomar sus decisiones y las modalidades de su organización, allí ellos creerían encontrar una desconcertante confluencia entre pobreza y democracia, lejos del parlamentarismo y los valores occidentales. Pero todos hemos reprochado a los indigenistas precisamente su "idealización" del mundo campesino, con la consiguiente invención de una realidad. En fechas más recientes, una importante corriente de investigadores (Grondín y otros) ha argumentado que la comunidad sería manipulada en función de ciertos intereses extraños o minoritarios.